

## ESCENARIOS DE MADRID EN LOS TIEMPOS DEL CAPITÁN ALATRISTE

JOSÉ BELMONTE SERRANO  
*Universidad de Murcia*

LAURA SANFELICI  
*Universidad de Génova*

### RESUMEN:

*El capitán Alatraste* es la novela con la que, en 1996, Arturo Pérez-Reverte inaugura la serie dedicada a este personaje. Su acción transcurre en Madrid durante el primer cuarto del siglo XVII. Se trata de una obra de aventuras en la que destaca el carácter didáctico de estas páginas, con amplias descripciones de costumbres, fiestas y ambiente de esta época, caracterizada por sus luces y sombras. Existe, además, una pormenorizada descripción del funcionamiento de los corrales de comedias donde Lope de Vega representa una de sus obras de teatro, *El arenal de Sevilla*. La novela supone una verdadera ruta literaria del Madrid de la época en la que el autor nos conduce de la mano.

### PALABRAS CLAVE:

Arturo Pérez-Reverte. El capitán Alatraste. Madrid del siglo XVIII. Fiestas y vida cotidiana. Teatro español del Barroco

### ABSTRACT:

*El capitán Alatraste* is the novel with which, in 1996, Arturo Pérez-Reverte inaugurated the series devoted to this eponymous character. The action takes place in Madrid during the first quarter of the XVIIth Century. This is an adventure novel in whose pages its didactic nature stands out, with its broad description of customs, festivals and ambience of the period, characterised by its enlightened and its dark features. Furthermore, there is a detailed description of the workings of the «corrales de comedias» where Lope de Vega put on one of his plays *Los arenales de Sevilla*. The novel constitutes a true literary route in which the author leads us by the hand through the Madrid of the period.

### KEY WORDS:

Arturo Pérez-Reverte. Adventures of *El capitán Alatraste*. XVIIth Century Madrid. Festivals and daily life. Spanish Theatre of the Baroque.

En una entrevista concedida al diario *El Correo Español* correspondiente al 17 de diciembre de 1996, justo unas semanas después de la aparición de la novela con la que inauguraba la saga del capitán Alatraste, Arturo Pérez-Reverte aseguraba que lo que verdaderamente le impulsó a escribir este relato fue el hecho de que en un libro

de texto de su hija Carlota, por entonces estudiante de enseñanza secundaria, se le dedicara veinte páginas a los últimos años de la historia de España «y liquidaba el Siglo de Oro en página y media».

Nace, pues, la aventura de este espadachín a sueldo en el Madrid del rubicundo y mujeriego Felipe IV con una clara intención didáctica que la crítica, con el transcurrir de los años, ha sabido ver y reseñar. Así, en nuestro propio trabajo «La novela y su didáctica: *El club Dumas* y *El capitán Alatraste*», aparecido, en primer lugar, en 1998, y reintegrado con posterioridad en el libro *Arturo Pérez-Reverte: la sonrisa del cazador*, dejábamos constancia de la habilidad de nuestro novelista a la hora de trazar en estas páginas

un itinerario geográfico, una ruta literaria, que el lector puede seguir fácilmente con la ayuda de un mapa desplegado sobre la mesa. El autor nos hace así sentir y palpar la época en la que viven y se mueven sus criaturas [...] En *El capitán Alatraste* hallamos toda una extensa gama de sonidos, olores y sabores: el siseo metálico e interminable de la vaina de una espada toledana, el ruido de los cascos de los caballos y las mulas, el olor a fritanga de las tabernas madrileñas<sup>1</sup>.

De igual modo, tanto José Perona, en el prólogo de la edición de bolsillo de *El capitán Alatraste* de 2001, que nosotros manejamos para el presente estudio, como Jaime García Padrino, en su trabajo titulado «Alatraste en las aulas. ¿La más difícil aventura?», inciden en este mismo asunto. Perona asegura que los hechos reales que en esta novela se cuentan, así como los personajes reales, comedias y ambientes reales, dan lugar a «una forma didáctica y gozosa de adentrarse en los vericuetos de la historia»<sup>2</sup>. Por su parte, García Padrino insiste, asimismo, en ese claro propósito didáctico de la obra. Y añade:

El autor ha buscado tanto al lector adulto, dominador de las referencias explícitas del texto literario, como a esos otros más jóvenes que, por los planteamientos educativos actuales, necesitan una amena y atractiva introducción y presentación de unos episodios que, sin faltar o traicionar la verdad histórica, debemos conocer bien para entender nuestra realidad social como pueblo heredero de una larga y compleja realidad cultural.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> José Belmonte Serrano, «La novela y su didáctica: *El club Dumas* y *El capitán Alatraste*», en José Belmonte Serrano, *Arturo Pérez-Reverte. La sonrisa del cazador*, Murcia, Nausicaä, 2002, pág. 99.

<sup>2</sup> José Perona, «Una ficción novelesca de la historia», en Arturo Pérez-Reverte, *El capitán Alatraste*, Madrid, Alfaguara, 2001, pág. 10.

<sup>3</sup> Jaime García Padrino, «Alatraste en las aulas. ¿La más difícil aventura?», en José Belmonte y José Manuel López de Abiada (eds.), *Alatraste, la sombra del héroe*, Madrid, Alfaguara, 2009, pág. 124.

Pérez-Reverte, junto con su hija Carlota, que también firma la novela, lleva a cabo una laboriosa y exhaustiva labor de investigación previa a la escritura propiamente dicha. Ha entendido como nadie que en un relato de fondo histórico es preciso, en primer lugar, seducir al lector, no sólo poniendo ante él una trama sólida, bien tejida y trenzada, además de divertida, sino, asimismo, echando mano de todos aquellos elementos que contribuyan a dar sensación de verdad a su fábula. Están, sin duda alguna, esos elementos históricos recogidos en los manuales y en los estudios especializados en la materia, pero, junto a ello, se demora lo necesario para recrear ese otro mundo cotidiano e intrahistórico, utilizando no solo su vasta cultura sino también su larga experiencia de reportero al que parece habersele concedido el privilegio de poder viajar en el tiempo y vivir en primera persona los hechos que relata.

*El capitán Alatríste* representa, sin duda ninguna, más que ningún otro volumen de la saga, la aventura madrileña de este entrañable personaje. Aunque, de igual modo, en *Limpieza de sangre* (1997) y *El caballero del jubón amarillo* (2003), la segunda y quinta entrega respectivamente, seguimos en el mismo ámbito, en el fascinante, oscuro y glorioso a un tiempo, Madrid de los tiempos de Felipe IV. En la novela de 1997 el lance se centra en torno a la temida y temible Inquisición. En el relato de 2003, el teatro, al que se le concederá una considerable importancia en el volumen primero, ocupa un lugar destacado. Después, en los tomos siguientes, Pérez-Reverte nos traslada a diversos escenarios, como Flandes, Sevilla, el Mediterráneo y ciertos lugares de Italia y Venecia.

Estamos, como decíamos al inicio de este trabajo, en la España del reinado de Felipe IV y su valido Olivares, al que Pérez-Reverte, con su habitual maestría, describe, con absoluta precisión, en poco más de una línea: «Un hideputa con pintas, hábil y peligroso, más listo que el hambre»<sup>4</sup>. Es el tiempo de Felipe IV y también del pontífice Gregorio XV, del que no nos proporciona mayores noticias. La acción de esta primera aventura del capitán Alatríste transcurre, según deja apuntado el propio narrador, Íñigo de Balboa, en primera persona, en «mil seiscientos y veintitantos, poco más o menos»<sup>5</sup>, sin precisar más la fecha, puesto que da la impresión de estar contando los hechos de memoria muchos años después, ya en su vejez. El monarca no tiene un papel muy relevante en la obra. Sabemos de su existencia, de su gusto por la cacería y por las damas y lo vemos asistiendo a la representación de una obra de Lope de Vega en el Corral del Príncipe. Allí, Íñigo de Balboa, alertado por los fuertes aplausos, ve por primera vez los

---

<sup>4</sup> Arturo Pérez-Reverte, *El capitán Alatríste*, Madrid, Alfaguara, 2001, pág. 131.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, pág. 29.

rasgos pálidos, el cabello rubio y ondulado en la frente y en las sienes, y aquella boca con el labio inferior prominente, tan característico de los Austrias, y libre todavía del enhiesto bigote que luciría después. Vestía nuestro monarca de terciopelo negro, con golilla almidonada y sobrios botones de plata –fiel a la pragmática de austeridad contra el lujo en la Corte que él mismo acababa de dictar–, y en la mano pálida y fina, de azuladas venas, sostenía con descuido un guante de gamuza que a veces se llevaba a la boca para ocultar una sonrisa o unas palabras con sus acompañantes.<sup>6</sup>

El monarca importa poco en esta ocasión, al margen de esos detalles puntuales con los que, en apenas un par de pinceladas, Pérez-Reverte lo describe con precisión. Al escritor cartagenero le seduce ese otro mundo de la fiel infantería, de los ciudadanos de a pie que sufren con resignación las adversidades de un imperio que se desmorona definitivamente. No en vano, historiadores como José Ignacio Fortea aseguran que «la vida cotidiana de los españoles de este tiempo se hallaba bastante más mediatizada por el curso de las decisiones tomadas en su cercanía que por las dispuestas en el entorno del monarca».<sup>7</sup>

Lo que importa es reflejar ese ambiente del primer cuarto del siglo XVII. Un tiempo caracterizado, como certifican todos los estudios sobre esta época, por la crisis, la conflictividad social y la decadencia. Uno de estos reputados historiadores, Henry Kamen, asegura que «fue un tiempo de crisis en el que los españoles cuestionaron todos sus valores tradicionales».<sup>8</sup> Algo que, inexorablemente, obligó a algunos pensadores a cuestionar no sólo la política económica, sino también todos los postulados en que se basaba la política oficial. Por lo que «Se lanzaron ataques contra la mala distribución de la riqueza, contra los prejuicios raciales y contra la injusticia social».<sup>9</sup>

También habla de una época poco propicia para el normal desarrollo de la vida de los más modestos Carlos Martínez Shaw a causa del pauperismo extendido por toda la Península, así como por «la escasez de oportunidades que provoca el aumento de la conflictividad social».<sup>10</sup> La respuesta a la crisis agraria, subraya este mismo autor, fue el bandolerismo que floreció en regiones como Valencia, Andalucía, Murcia y la propia Castilla. «Finalmente –concluye Martínez Shaw–, otra de las formas más

<sup>6</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 211.

<sup>7</sup> José Antonio Fortea, «Las ciudades, sus oligarquías y el gobierno del Reino», en Antonio Feros y Juan Gelabert (dirs.), *Madrid en los tiempos del Quijote*, Madrid, Taurus, 2004, pág. 235.

<sup>8</sup> Henry Kamen, «Vicisitudes de una potencia mundial, 1500-1700», en Raymond Carr (ed.), *Historia de España*, Barcelona, Península, 2001, pág. 168.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, pág. 169.

<sup>10</sup> Carlos Martínez Shaw, «La decadencia del siglo XVII», en Javier Tusell (dir.), *Historia de España*, Madrid, Taurus, pág. 169.

recurrentes de la contestación social en el siglo XVII fueron los motines antifiscales, como consecuencia lógica de la desmedida presión tributaria ejercida por la Monarquía».<sup>11</sup>

El propio Diego Alatraste es uno de esos muchos soldados que ha dejado de percibir los menguados dineros que el Estado le había concedido. Casi al final de la obra, el todopoderoso Olivares, tras una larga y tensa entrevista con el capitán, le entrega un documento firmado por Ambrossio de Spínola «para que se le concedan cuatro escudos a don Diego Alatraste por servicios en Flandes. Eso le ahorrará por algún tiempo andar buscándose la vida entre cuchillada y cuchillada...».<sup>12</sup>

Para Thompson, según nos advierte en su estudio titulado «La guerra y el soldado», «El retrato que a grandes pinceladas traza Cervantes del soldado empujado por la pobreza a buscar la riqueza y la gloria en el ejército, condenado no obstante a seguir siendo de por vida un menesteroso, estaba muy cerca de la realidad».<sup>13</sup> En un volumen monográfico dedicado a toda la serie de novelas sobre el capitán Alatraste, otro historiador, Javier Guillamón, tras analizar detenidamente todo lo referente a los tercios españoles, unidad integrada por piqueros, arcabuceros y mosqueteros al mando de un maestre de campo, nos proporciona puntuales noticias sobre la agitada vida de un soldado español durante esta época:

Sea como fuere, el soldado pertenecía a un grupo social de clase inferior, esto es, la que está por debajo, perteneciente al pueblo, entendiéndolo éste socialmente, no políticamente. La vida de un soldado era muy dura, monótona y plagada de castigos. Si de cara a la galería los ejércitos eran esplendorosos, el oficio de soldado era el de un mero servidor sediento de aventuras, vivaracho y divertido, que gustaba del canto y de los naipes, que mataba el tiempo y olvidaba las penas.<sup>14</sup>

No sabemos con exactitud si Diego Alatraste y Tenorio es el paradigma de estos soldados ociosos la mayor parte de las veces, que terminan por sacarle partido a sus desgraciadas vidas. En todo caso, en las páginas de esta primera entrega, Pérez-Reverte tiene un gran interés en mostrarnos el día a día de uno de estos espadachines. Y lo logra aportando valiosos detalles a través de las palabras de Íñigo de Balboa,

<sup>11</sup> *Ibíd.*, pág. 317.

<sup>12</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 239.

<sup>13</sup> I. A. A. Thompson, «La guerra y el soldado», en Antonio Feros y Juan Gelabert (dirs.), *España en tiempos del Quijote*, Madrid, Taurus, pág. 181.

<sup>14</sup> Javier Guillamón, «Las coordenadas espacio-temporales del soldado en la época de Alatraste», en José Belmonte y José Manuel López de Abiada (eds.), *Alatraste, la sombra del héroe*, Madrid, Alfabeta, 2009, págs. 159-160.

que conoce al dedillo los movimientos de su amo. Sabemos, por ejemplo, cuál es su vestimenta cuando el propio narrador ayuda a Alatraste a ponerse su indumentaria tras haber pasado una temporada en la cárcel:

Lo asistí mientras se vestía despacio, con descuido, el jubón gris oscuro y los calzones del mismo color, que eran de los llamados valones, cerrados en las rodillas sobre los borcegués que disimulaban los zurcidos de las medias. Se ciñó después el cinto de cuero que yo había engrasado cuidadosamente durante su ausencia, e introdujo en él la espada de grandes gavilanes cuya hoja y cazoleta mostraban las huellas, mellas y arañazos de otros días y otros aceros.<sup>15</sup>

Páginas más adelante, en el mismo capítulo, «La taberna del turco», aparece Madrid, la capital del reino y de un imperio que se resquebraja,

lleno de viejos soldados que malvivían en calles y plazas, con el cinto lleno de cañones de hoja de lata: aquellos canutos donde guardaban sus arrugadas recomendaciones, memoriales e inútiles hojas de servicio, que a nadie importaban un bledo. En busca del golpe de suerte que no llegaba jamás.<sup>16</sup>

La otra cara de la moneda está compuesta por personajes –pocos y muy escogidos– como Álvaro Luis Gonzaga de la Marca y Álvarez de Sidonia, conde de Guadalmedina, amigo y protector de Diego Alatraste, a pesar de la enorme diferencia en cuanto a su estatus social. El treintañero conde, según se le describe en estas páginas, «era apuesto, elegante, y tan rico que podía perder en una sola noche 10.000 ducados en el juego o con una de sus queridas sin alzar siquiera una ceja».<sup>17</sup> Y por si todo ello fuera poco, acapara el título de grande de España, por lo que tenía el privilegio de estar cubierto en presencia del propio monarca, con el que, además, le unía la amistad.

La primera entrega de *El capitán Alatraste* está ambientada en su totalidad en Madrid, aunque hay, de vez en cuando, breves alusiones a lugares como Flandes o Rocroi, las plazas europeas por las que lucha España desesperadamente para conservar su ya menguado imperio. Un Madrid en el que están presentes sus más señeros rincones (la Plaza Mayor, la Puerta Sol, las calles Montera, Infantas, Barquillo, Toledo, etc.), aunque, en esta ocasión, focalizado, como luego comprobaremos, en tres espacios principales en los que se desarrolla gran parte de la acción: la Taberna del Turco, las gradas de San Felipe y el corral de comedias del Príncipe.

<sup>15</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 33.

<sup>16</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, págs. 41-42.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, pág. 109.

No conviene desechar por completo, sin embargo, ese pasaje, perteneciente al capítulo VII, titulado «La rúa del Prado», en el que Pérez-Reverte, con toda suerte de detalles explica al lector lo que significa «hacer la rúa». Se trata, en suma, de un paseo tradicional de aquella época concreta, en el que «todo Madrid recorría en carroza, a pie o a caballo, bien por la carrera de la calle Mayor, entre Santa María de la Almudena y las gradas de San Felipe y la puerta del Sol, o bien prolongando el itinerario calle abajo, hasta las huertas del duque de Lerma, el monasterio de los Jerónimos y el Prado del mismo nombre».<sup>18</sup> El narrador cartagenero, de manera oportuna, a propósito de esos curiosos paseos, saca a colación y reproduce unos versos de Calderón de la Barca extraídos de una de sus comedias:

Por la mañana estaré  
en la iglesia a que acudís;  
por la tarde, si salís  
en la Carrera os veré;  
al anochecer iré  
al Prado, al coche arrimado;  
luego, en la calle embozado;  
ved si advierte bien mi amor  
horas de calle Mayor  
misa, reja, coche y Prado.

En la novela que analizamos, hay un pasaje en el que Pérez-Reverte, a través de los ojos y la pluma de Íñigo de Balboa, parece querer hacernos partícipes del itinerario seguido por don Diego que, contra su voluntad, es conducido en una carroza para dar cuenta del incumplimiento del compromiso adquirido días antes con unos enmascarados:

Pasaron ante el colegio de la Compañía de Jesús, calle de Toledo abajo, y en la plazuela de la Cebada, sin duda para evitar vías concurridas, torcieron hacia el cerrillo de la fuente del Rastro antes de volver de nuevo a la derecha, casi en las afueras de la ciudad; muy cerca del camino de Toledo, del matadero y de un viejo lugar que era antiguo cementerio moro, y de ahí conservaba, por mal nombre, el de Portillo de las Ánimas. Sitio que, por su macabra historia y a tan funesta hora, no resultaba tranquilizador en absoluto.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *Ibíd.*, pág. 144.

<sup>19</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 156.

En la Taberna del Turco, «bodegón de los llamados de comer, beber y arder en la esquina de las calles Toledo y del Arcabuz, a quinientos pasos de la Plaza Mayor»,<sup>20</sup> monta su cuartel general el capitán Alatríste. La importancia de este lugar es tal que Pérez-Reverte se sirve de ese nombre tan rotundo y sonoro para titular el primer capítulo de la novela. Caridad la Lebrijana, «que había sido puta y todavía lo era con el capitán de vez en cuando, aunque de balde»<sup>21</sup> es quien regenta el garito. Allí tiene lugar una animada tertulia, en torno a una de las mejores mesas. Los habituales: Alatríste, Quevedo, el Licenciado Calzas, Juan Vicuña, el Dómine Pérez y el Tuerto Fadrique, boticario de Puerta Cerrada. Todos ellos tendrán su minuto de gloria. Unas líneas dedicadas a su trayectoria vital, a su modo de ser y de sentir. El Dómine Pérez, con su natural bondadoso y sus latines que «solían obrar un efecto sedante»<sup>22</sup>. El Licenciado Calzas, «un leguleyo listo, cínico y tramposo, asiduo de los tribunales, especialista en defender causas que sabía convertir en pleitos interminables hasta que sangraba al cliente de su último maravedí».<sup>23</sup> El Tuerto Fadrique que, páginas más adelante, se empeña en mostrar al Dómine Pérez «las propiedades laxantes de la corteza de nuez negra del Indostán».<sup>24</sup> Los poderes económicos de origen popular, la cruz y la espada reunidos en torno a unas jarras de vino de San Martín de Valdeiglesias o un tinto de Valdemoro. La atmósfera tabernaria es tan seductora que Pérez-Reverte, consciente de ello, del interés del lector por ahondar aún más en este asunto, nos aporta unos valiosos datos que dan una idea cabal del ambiente madrileño de aquella época:

en tiempos de nuestro Cuarto Felipe la taberna era una de las cuatrocientas donde podían apagar su sed los 70.000 vecinos de Madrid –salíamos a una taberna por cada 175 individuos–, sin contar mancebías, garitos de juego y otros establecimientos públicos de moral relajada o equívoca, que en aquella España paradójica, singular e irrepetible, se veían tan frecuentados como las iglesias, y a menudo por la misma gente.<sup>25</sup>

Bernard Vincent, en su trabajo titulado «La sociedad española en la época del Quijote», se lamenta por el hecho de que, hasta ahora, los historiadores hayan prestado muy poca atención a las ventas, mesones y posadas:

<sup>20</sup> *Ibíd.*, pág. 65.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, pág. 35.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pág. 37.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, pág. 37.

<sup>24</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 72.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, pág. 66.

Sin embargo, estos lugares desempeñaron en la España del Antiguo Régimen un papel esencial. Por una parte, constituían una red muy densa; sabemos que hacia 1560-1570 había 28 en Burgos, 27 en Medina del Campo, 17 en Salamanca, 23 en Segovia y 25 en Valladolid. En la actualidad todavía existe en Granada una calle cuyo nombre es 'Mesones', y que recuerda la multitud de establecimientos que acogían sobre todo a comerciantes e individuos que llegaban a la ciudad por causa de los procesos que se instruían en la Real Chancillería.<sup>26</sup>

Arturo Pérez-Reverte le da un carácter aún más realista si cabe a su relato aportando detalles sobre la modesta gastronomía, propia de la época, que se servía en estos lugares de dudosa limpieza, con olor a humedad y serrín, sobre todo los días de lluvia. A los ya citados vinos procedentes de lugares próximos a Madrid, hay que añadir otros alimentos sólidos, como la sopa de migas de pan, los huevos cocidos, la empanada de pollo y, de postre, las obleas y barquillos.

Al caer la noche, Madrid es una ciudad peligrosa. Carece de iluminación nocturna, al margen de unas pocas lamparillas votivas a los pies de imágenes de santos en esquinas y portadas de conventos. Las cuadrillas de alguaciles sólo patrullan las calles principales. La gente se va a la cama muy temprano, tanteando las paredes del interior de las casas, o aprovechando la amortiguada y mortecina luz de una vela de sebo. Las calles, según se recoge en las páginas del *Capitán Alatriste*, son, además de oscuras como boca de lobo, estrechas. A la media noche, los vecinos, al grito de agua va, «arrojaban inmundicias por la ventana»,<sup>27</sup> en tanto que «los matones a sueldo y los salteadores acechaban a sus víctimas en la oscuridad de las calles desprovistas de alumbrado».<sup>28</sup>

No conviene olvidar que Alatriste y su improvisado compañero Gualterio Malatesta aprovechan la oscuridad de estas calles del Madrid del XVII para llevar a cabo el lance de armas que unos enmascarados, que no ven con agrado un posible matrimonio entre el inglés hereje y una española, le encargan poniendo sobre la mesa una importante suma de dinero. El capítulo titulado «La emboscada», donde tiene lugar el asalto a ese par de viajeros por parte de los dos espadachines a sueldo, se caracteriza por la presencia persistente, casi material, de la oscuridad y las tinieblas. Pérez-Reverte describe minuciosamente, con enorme maestría, el leve siseo de la espada al desenvainar, la respiración honda, «para vaciar del pecho los malos humores»,<sup>29</sup>

<sup>26</sup> Bernard Vincent, «La sociedad española en la época del Quijote», en Antonio Feros y Juan Gelabert (dirs.), *España en los tiempos del Quijote*, Madrid, Taurus, 2004, pág.66.

<sup>27</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 46.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, pág. 46.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, pág. 92.

de los contendientes, las sombras que se proyectan sobre las paredes, como figuras chinescas, propiciadas por un solitario y lejano farol.

Frente al escenario cerrado que representa la Taberna del Turco, los llamados mentideros de la Corte suponen unos espacios de tránsito constante. Entre los grandes placeres de la época uno era, sin duda, el conversar y murmurar. Las plazas y los exteriores de las propias iglesias son los escenarios ideales. Los más asiduos son los hombres. La presencia de mujeres resulta dudosa. A las damas que se confunden entre pobres, mendigos y desharrapados, se les llama en la novela «mujezuelas». Por la tarde, cuando de nuevo se animaban las gradas, a la hora de la rúa en la calle Mayor, era el momento «para ver pasar a las damas en sus carrozas, a las mujeres equívocas que se las daban de señoras, o a las pupilas de las mancebías cercanas [...]: motivo todas ellas de conversación, requiebros y chanzas». <sup>30</sup>

El capítulo IX de *El capitán Alatriste* está dedicado en su integridad a las gradas más famosas de toda la Corte, las de San Felipe. Pérez-Reverte, de manera muy pedagógica, comienza por definir, en primer lugar, lo que es un mentidero: «lugar de cita de los ociosos y centro de toda suerte de noticias, hablillas y murmuraciones que por Madrid corrían». <sup>31</sup> A continuación enumera los tres mentideros más famosos de entonces: San Felipe, Losas de Palacio y Representantes. La iglesia agustina de San Felipe, las gradas que aquí nos interesa y en las que pone todo el interés Pérez-Reverte, estaban situadas entre las calles de Correos, Mayor y Esparteros. Se trata de una especie de palco desde el que se podía contemplar el paso de la gente y el de los carruajes. El bullicio y el entusiasmo de las improvisadas tertulias propician la mezcla de oficios y clases sociales. En ellas «fanfarroneaban los soldados, chismorreaban los clérigos, se afanaban los ladrones de bolsas y lucían su ingenio los poetas». <sup>32</sup>

Eran habituales de estos mentideros Lope, Quevedo y el mejicano Alarcón, a la búsqueda, imaginamos, de lances, motivos y personajes con los que embastar sus comedias. Las campanas de la iglesia vecina marcaban el horario de estos improvisados encuentros: desde las once hasta el tañido de la campana llamando al rezo del ángelus. Y, de nuevo, por la tarde, a la hora de la rúa hasta el toque de oración, momento en el que todos «se dispersaban hasta el día siguiente, cada uno a su casa y Dios a la de todos». <sup>33</sup> Se hablan de los asuntos del día, de la guerra que libra España en Flandes, en Italia o las Indias. Pero, junto a ello, chispean los epigramas y los chistes, al tiempo que «se cubría de fango la honra de las damas, las actrices y los

<sup>30</sup> *Ibíd.*, pág. 189.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, pág. 187.

<sup>32</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 187.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, pág. 189.

maridos cornudos».<sup>34</sup> En las gradas de San Felipe tiene lugar uno de los pasajes que Íñigo de Balboa, como él mismo nos confiesa, recordará hasta su muerte. Lope de Vega, con gesto espontáneo, cargado de simpatía, le toca un instante la cabeza: «Fue la primera vez que lo vi, aunque tendría después otras ocasiones; y recordaré siempre su continente sexagenario y grave, su digna figura clerical vestida de negro, el rostro enjuto con cabellos cortos, casi blancos, el bigote gris y la sonrisa cordial, algo ausente, como fatigada, que nos dedicó a todos antes de proseguir camino rodeado por muestras de respeto».<sup>35</sup>

La presencia en estas páginas de la figura de Lope, el Fénix de los Ingenios, sirve de excusa a nuestro autor, a Arturo Pérez-Reverte, para reflexionar y poner sobre el tapete uno de los asuntos que con mayor insistencia aparecen a lo largo de la novela: el brutal contraste que se produce en esta época de luces y sombras, de esplendor y miseria a un tiempo, en ese «escenario maravilloso y trágico que llamamos España».<sup>36</sup> La corrupción es moneda corriente durante estos años. Guadalupe, hombre de posición muy elevada, cercana al propio rey, no oculta a su amigo Alatriste, en absoluto sorprendido por sus palabras, que «en esta España austríaca, querido, con oro puede comprarse por igual al noble que al villano. Todo lo tenemos en venta, salvo la honra nacional; e incluso con ella traficamos de tapadillo a la primera oportunidad».<sup>37</sup> España, se nos recuerda páginas más adelante, gasta el oro y la plata de América «en festejos vanos, en enriquecer a funcionarios, clérigos, nobles y validos corruptos, y en llenar con tumbas de hombres valientes los campos de batalla de media Europa».<sup>38</sup> Uno de los estudiosos de la obra revertiana, Brian J. Dendle pone en contacto al autor de *El capitán Alatriste* con dos de los mejores narradores españoles de todos los tiempos: «Los juicios pesimistas que expresa el narrador sobre esa España tocada de muerte en el alma son dignos de un Galdós o de un Baroja».<sup>39</sup>

Uno de los párrafos más brillantes de esta primera entrega de las aventuras del capitán Alatriste resulta de la reflexión que lleva a cabo Íñigo de Balboa en la que pone de relieve ese profundo contraste al que antes aludíamos entre esa España generalizadamente corrupta, de gobernantes ambiciosos e ineptos, y esa otra España que, pasados los años, ha merecido el nombre de Siglo de Oro:

<sup>34</sup> *Ibíd.*, pág. 188.

<sup>35</sup> *Ibíd.*, pág. 198.

<sup>36</sup> *Ibíd.*, pág. 199.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, pág. 130.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, pág. 184.

<sup>39</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 130.

A ese tiempo infame lo llaman siglo de Oro. Mas lo cierto es que, quienes lo vivimos y sufrimos, de oro vimos poco; y de plata, la justa. Sacrificio estéril, gloriosas derrotas, corrupción, picaresca, miseria y poca vergüenza, de eso sí que tuvimos a espuertas. Lo que pasa es que luego uno va y mira un cuadro de Diego Velázquez, oye unos versos de Lope o de Calderón, lee un soneto de don Francisco de Quevedo, y se dice que bueno, que tal vez mereció la pena.<sup>40</sup>

El tercer escenario en donde se desarrolla una parte muy destacada de la acción está ubicado en el corral de comedias del Príncipe. La novela camina ya hacia su desenlace final. Alatraste, su sirviente Íñigo de Balboa, Quevedo y otros amigos, no pueden perderse de ninguna manera el estreno de la obra de Lope *El Arenal de Sevilla*. El constante didactismo del relato obliga a Pérez-Reverte a explicar al lector ciertos aspectos básicos de este tipo de comedias del siglo de Oro. En primer lugar, que están escritas en verso y compuestas por tres actos o jornadas. Sus autores, sobre todo los consagrados, eran queridos y aclamados por el público y respetados en la corte. Una acción que se desarrolla en unas tres horas y la luz de día, siempre después de comer y en locales al aire libre conocidos como corrales: «Dos había en Madrid: el del Príncipe, también llamado de La Pacheca, y el de la Cruz. Lope gustaba de estrenar en este último, que era también favorito del rey nuestro señor, amante del teatro como su esposa, la reina doña Isabel de Borbón».<sup>41</sup>

César Oliva en su minucioso estudio sobre Alatraste y el teatro del siglo de Oro, sostiene que, a lo largo de esta obra, existe una verdadera fascinación por el teatro, la cual se retoma y prolonga años después con la aparición de *El caballero del jubón amarillo*: «Escenarios y personajes desfilan por estas páginas retratando un gremio que, por sensibilidad y sentido de lo plebeyo, encaja perfectamente con la naturaleza de esos tipos que habitan el gran teatro del mundo y, más concretamente, el de un imperio venido a menos».<sup>42</sup> Frente a la Inquisición reinante, frente a la corrupción, la guerra, el hambre y el ambiente político irrespirable, se percibe, como ha señalado José Perona, un resquicio de claridad: «entra a borbotones la vida de las fiestas, el jolgorio de los mentideros, la alegría de vivir de los teatros».<sup>43</sup>

Pérez-Reverte no tiene prisa en llegar al desenlace de la acción, que prácticamente tendrá lugar en el propio corral de comedias, cuando Alatraste hace frente, con la estimable ayuda de Quevedo y del mismísimo heredero de la corona inglesa, ante

<sup>40</sup> *Ibíd.*, pág. 126.

<sup>41</sup> *Ibíd.*, págs. 203-204.

<sup>42</sup> César Oliva, «Alatraste en el corral de comedias», en *Alatraste, la sombra del héroe*, ed. José Belmonte y J. M. López de Abiada, Madrid, Alfaguara, 2009, págs. 323-324.

<sup>43</sup> José Perona, *op. cit.*, pág. 12.

la mira atónita del rey, a los sicarios enviados por la Inquisición para acabar con su vida. El autor de la novela, sin duda entusiasmado, describe minuciosamente, sin prisa, sin escamotearnos detalle alguno, el bullicioso ambiente, a esas horas del día, que se respira en los alrededores del recinto donde se va a representar la obra de Lope:

A las dos de la tarde, la calle del Príncipe y las entradas al corral eran un hervidero de comerciantes, artesanos, pajes, estudiantes, clérigos, escribanos, soldados, lacayos, escuderos y rufianes que para la ocasión se vestían con capa, espada y puñal, llamándose todos caballeros y dispuestos a reñir por un lugar desde el que asistir a la representación. A ese ambiente bullicioso y fascinante se sumaban las mujeres que con revuelo de faldas, mantos y abanicos entraban a la cazuela, y eran allí asaeteadas por los ojos de cuanto galán se retorció los bigotes en los aposentos y en el patio del recinto.<sup>44</sup>

En *El capitán Alatríste* se combinan, pues, los espacios abiertos con los espacios cerrados. Don Diego, por su manera de ser, parece sentirse más seguro siempre en la calle, en esos escenarios al aire libre si nos atenemos a lo que sucede en la novela. El primer espacio cerrado de la obra aparece ya en las primeras páginas: la vieja cárcel de la Corte en donde Alatríste ha pasado tres semanas. Después, la taberna del Turco, donde reside el espadachín, lugar en el que se reúne y monta una agradable tertulia con sus amigos, con Quevedo, con el boticario, el Licenciado Calzas, Juana Vicuña, etc. Sabemos, asimismo, de los favores que, desinteresadamente, le prestaba la aún atractiva Caridad la Lebrijana, dueña del recinto. Pero, a pesar de todo ello, son muchas las noches que el capitán se ve obligado a pasar en vela, vestido y con la daga debajo de la almohada, con un ojo abierto y otro cerrado porque sabe que la justicia le puede prender en cualquier momento y dar de nuevo con sus huesos en las temidas cárceles de entonces.

El recinto cerrado más temible para Alatríste está situado en el llamado Portillo de las Ánimas, de cuya situación en el plano de Madrid dábamos cuenta líneas más atrás. Un lugar apartado, poco transitado, y mucho más a esas horas de la noche, al que llevan detenido a Alatríste. Se trata, como se indica en estas páginas, de una casa «de apariencia ruin, con dos pequeñas ventanas y un zaguán grande que más parecía entrada de caballerías que otra cosa; sin duda una vieja posada para tratantes de ganado».<sup>45</sup> Gran parte del capítulo VIII, así titulado, «El Portillo de las Ánimas», transcurre, pues, en este recinto cerrado. Allí Alatríste es interrogado, «un interrogatorio en regla, menester en el que el fraile dominico se veía a sus anchas».<sup>46</sup> Un

<sup>44</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 205.

<sup>45</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 156.

<sup>46</sup> *Ibíd.*, pág. 159.

inquisidor y su acompañante, que, de vez en cuando, se inclina sobre la mesa para mojar la pluma en el tintero. Alatríste intuye que esa podría ser su última noche: «El colete de piel de búfalo le daba mucho calor; o tal vez sólo fuese efecto de la aprensión cuando miraba alrededor, suspicaz, preguntándose de dónde iban a salir los verdugos que debían estar ocultos, dispuestos a caer sobre él y conducido maniatado a la antesala del infierno».<sup>47</sup> Sale con vida del interrogatorio, pero ya en la calle consigue burlar a sus atacantes gracias a la intervención del joven Íñigo, quien había seguido los pasos de la temible carroza presagiando el peligro inminente. Ni siquiera la casa de su amigo el conde de Guadalmedina es un lugar seguro. En él llega, incluso, a alojarse, no por devolverle la visita, sino porque tiene que esconderse durante algún tiempo tras la fracasada aventura con los dos ingleses, cuya identidad ya conoce. El conde le recuerda que con su pendencia se ha metido en un buen lío y le conmina a que desaparezca de Madrid de manera inmediata, al menos durante un buen tiempo. Ni siquiera en el corral de comedias, recinto acotado, pero no cerrado por completo, está seguro don Diego. Allí, como ya se dejó indicado, unos sicarios enviados por la Inquisición quieren que su silencio sea definitivo. La lucha a muerte con la espada que se produce es digna del mejor cómic, de la mejor película de acción. Arturo Pérez-Reverte, con la habilidad de un excelente narrador, cierra el círculo y el inglés devuelve el favor que había obtenido de Alatríste al perdonarle éste la vida en una calle madrileña durante una noche oscura y silenciosa.

En el exterior del teatro, sin embargo, antes de representar la obra, la alegría y el bullicio cunden por doquier. Como sucede durante las fiestas que el pueblo de Madrid le tributa al sucesor de la corona inglesa. En una sociedad basada por completo en los caprichos de un valido y en las constantes arbitrariedades de un aparato represor, magníficamente engrasado, como la Inquisición, la fiesta, el jolgorio es la válvula de escape de unos ciudadanos que poco tienen que agradecer a sus gobernantes, a los más ricos y poderosos. Una fiesta de toros y cañas en la Plaza Mayor a la que se suma el propio e inútil monarca, Felipe IV, quien, con un arcabuz, baja a la plaza y abate de un disparo a un toro «por su bravura, no podía ser desjarretado ni reducido; y nadie, ni siquiera las guardias española, borgoñona y tedesca que guarnecían el recinto, osaba acercarse a él».<sup>48</sup>

Pérez-Reverte no deja pasar la ocasión para reflexionar sobre este gesto de un monarca muy querido por su pueblo, amén de galán jinete, buen tirador, aficionado a la caza y a los caballos, pero ajeno por completo a la gobernanza:

<sup>47</sup> *Ibíd.*, pág. 161..

<sup>48</sup> *Ibíd.*, pág. 182.

Si Felipe IV se hubiera puesto al frente de los viejos y gloriosos tercios y hubiera recobrado Holanda, vencido a Luis XIII de Francia y a su ministro Richelieu, limpiando el Atlántico de piratas y el mediterráneo de turcos, invadido Inglaterra, izado la cruz de San Andrés en la Torre de Londres y en la Sublime Puerta, no habría despertado tanto entusiasmo entre sus súbditos como el hecho de matar un toro con personal donaire...<sup>49</sup>

Alatríste se mueve como pez en el agua por las calles del Madrid del siglo XVII. Ese es su medio natural. Son, en la mayoría de los casos, espacios muy concretos, de renombre, para que el lector de hoy pueda seguir ese itinerario de memoria. Esta ruta literaria, de indudable didactismo, incluye, no por casualidad, el Alcázar Real, residencia del rey y su familia, el convento de las Descalzas Reales, la iglesia de San Ginés, una de las parroquias más antiguas de Madrid. En ella fue bautizado Quevedo en 1580 y contraído matrimonio Lope de Vega en 1588. La Plaza Mayor, la gran obra del padre del monarca, de Felipe III, el Puente de Segovia sobre el río Manzanares, la Puerta del Sol, plaza de origen medieval, paso obligado entre el Prado, el alcázar Real y la Plaza Mayor, y la casa de las Siete Chimeneas, construida en 1577 –flamante, pues, durante los años en los que vive Alatríste–, y que albergó a muchos personajes célebres a lo largo de la historia.

Es la España, gloriosa y sublime, pendenciera y miserable, del siglo XVII. ¿La España de siempre, la actual, incluso? Arturo Pérez-Reverte, con su ya acostumbrada contundencia, sin dudarle ni un solo instante, responde así:

Quando por motivos de documentación y ambientación, comencé a leerme nuevamente a Quevedo y a Lope, y a toda la picaresca del XVII, así como el teatro de Tirso y Ruiz de Alarcón, me di cuenta de que existía una gran cantidad de lazos entre aquel tiempo y la España actual. Lazos, incluso, conmigo mismo. Eso fue lo que hizo que la historia del capitán Alatríste no se resolviera en ochenta páginas, puesto que todo era mucho más complejo de lo que al principio pensaba. En este sentido, creo que todo libro es interactivo, que todo lector proyecta sobre la obra que lee lo que él lleva dentro; por eso no hay dos libros iguales.<sup>50</sup>

---

<sup>49</sup> Arturo Pérez-Reverte, *op. cit.*, pág. 183.

<sup>50</sup> José Belmonte Serrano, «Miré los muros de la patria mía», en *Arturo Pérez-Reverte: la sonrisa del cazador*, Murcia, Nausicaä, 2002, pág. 104.

## Bibliografía

Belmonte Serrano, José, *Arturo Pérez-Reverte: la sonrisa del cazador*. Murcia, Nausicä, 2002.

Belmonte Serrano, José, «Miré los muros de la patria mía». *Arturo Pérez-Reverte: la sonrisa del cazador*, Murcia, Nausicä, 2002, págs.103-107.

Dendle, Brian J., «Las novelas históricas de Arturo Pérez-Reverte». *Territorio Reverte*, José Manuel López de Abiada y Augusta López Bernasocchi (eds.), Madrid, Verbum, 2000, págs.123-132.

Fortea Pérez, José Ignacio, «Las ciudades, sus oligarquías y el gobierno del Reino», *España en los tiempos del Quijote*, Antonio Feros y Juan Gelabert (dirs), Madrid, Taurus, 2004, págs. 235-278.

García Padrino, Jaime, «Alatriste en las aulas. ¿La más difícil aventura?», *Alatriste, la sombra del héroe*, José Belmonte y J. M. López de Abiada (eds), Madrid, Alfaguara, 2009, págs. 120-137.

Guillamón Álvarez, Francisco Javier, «Las coordenadas espacio-temporales del soldado en la época de Alatriste», *Alatriste, la sombra del héroe*, José Belmonte y J. M. López de Abiada (eds.), Madrid, Alfaguara, 2009, págs. 153-179.

Kamen, Henry, «Vicisitudes de una potencia mundial, 1500-1700», *Historia de España*, Raymond Carr (ed.), Barcelona, Península, 2001, págs. 155-171.

Martínez Shaw, Carlos, «La decadencia del siglo XVII», *Historia de España*, Javier Tusell (dir.), Madrid, Taurus, 1998, págs. 309-350.

Oliva, César, «Alatriste en el corral de comedias», *Alatriste, la sombra del héroe*, José Belmonte y J. M. López de Abiada (eds.), Madrid, Alfaguara, 2009, págs. 321-341.

Pérez-Reverte, Arturo, *El capitán Alatriste*, Madrid, Alfaguara, 2001.

Perona, José, «Una ficción novelesca de la Historia», *El capitán Alatriste*, Arturo Pérez-Reverte, Madrid, Alfaguara, 2001, págs. 7-17.

Thompson, I. A. A., «La guerra y el soldado», *España en tiempos del Quijote*, Antonio Feros y Juan Gelabert (dirs), Madrid, Taurus, 2004, págs. 159-195.

Vincent, Bernard, «La sociedad española en la época del Quijote», *España en los tiempos del Quijote*, Antonio Feros y Juan Gelabert (dirs.), Madrid, Taurus, 2004, págs. 279-307.